

Tres escenas típicas del Tianguis de Oaxaca

## EN EL TIANGUIS DE OAXACA

por el prof. BERNARDO VALENZUELA

El presente artículo es el introito de un extenso estudio de antropología aplicada realizado, como trabajo de campo, en el Curso de entrenamiento del Proyecto 104 (de Ciencias Sociales Aplicadas) de la Organización de Estados Americanos, con sede en México, y donde el autor concurrió como becario chileno al ganar el concurso de postulación en 1959.

Bernardo Valenzuela Rojas es actualmente profesor asesor del Instituto de Investigaciones Folklóricas "Ramón A. Laval" de la Facultad de Filosofía y Educación.

En este caso, el etnógrafo, arribó por vía terrestre a la ciudad de Oaxaca, distante 545,5 km. del Distrito Federal de México, rumbo sur. A fin de estar lo más cerca posible del centro de observación, que en esta oportunidad es el mercado ocasional o *tianguis*, se hospedó en un hotelucho de modesta categoría de los alrededores, llamado Hotel Tule, que por estar aún en construcción, presentaba condiciones sanitarias todavía bastante deficientes.

Este hotel poseía, sin embargo, las siguientes ventajas para el trabajo:

Se halla casi frente a un importante terminal autobusero, particularmente, de líneas que van y vienen del norte: Tlaxiaco, Puebla, Huajuapán y México. Además, de aquellas otras combinaciones surianas provenientes de Chiapas, Istmo de Tehuantepec y de alrededores del municipio del Centro, por ese rumbo, como Tlacolula y Mitla.

Apenas a una cuadra más al norte del mencionado hotel, por calle Trujano, se encuentra también el terminal de los autobuses del rumbo de Cuilapan de Guerrero y Zaachila.

Por último, una cuadra al sur, se halla además el terminal de las líneas que van y vienen del oeste, en dirección del Pacífico: Puerto Angel, Pochutla, San Pedro, Miahuatlán, Ejutla y Ocotlán.

Por otra parte, el hotel se encuentra a escasa cuadra del lugar en que se celebra la "plaza" sabatina, y en aquella ocasión se hospedaban cuatro o cinco de los concurrentes al *tianguis*; provenían de Tehuantepec. De tal modo que, por el primer antecedente apuntado, desde este refugio y atalaya, era fácil observar el movimiento diario de pasajeros concurrentes hacia (o desde) la ciudad, en los días ordinarios. Comprobar,



luego, la afluencia notoria de pasajeros que se acusaba en el terminal, los días viernes de víspera, sábado de "plaza", y domingo de retirada. Trinidad temporal que es al final lo que interesa en mayor grado.

Resulta casi obvio decir que, durante estos tres días, la cantidad de pasajeros aumenta —en este terminal, como en los otros—, en forma extraordinaria; del mismo modo que el equipaje, o mejor dicho la carga individual, crece volumétricamente hasta donde es humanamente posible hacerla caber en un vehículo casi cuadrangular y finito.

El día viernes 8 de enero se ha ido, de mañana, en un ómnibus hasta Tlacolula y Mitla. Los indígenas y los mestizos de aquellos parajes, traen consigo de todo: huevos, aves, granos, quesos, idollillos, patates, rebozos, etc. A tal extremo, que los humanos cuerpos quedan aprisionados e inmovilizados dentro del vehículo, hasta tanto éste no arribe a su paradero. Sólo entonces es dado mover las extremidades libremente, y respirar aire puro, a pulmón pleno.

Bajado del ómnibus, de inmediato el observador da una ligera ojeada a los alrededores del mercado. Una cantidad de tolderíos de lona cuadrangulares y que en su tiempo fueron blancos, están levantándose, como pequeños hongos salidos de la humedad de las piedras de las viejas calles oaxaqueñas.

Sin embargo, el día anterior, jueves por la tarde, ya algunos audaces y contados vendedores, habían sentado sus reales y ahora se veían reforzados, en número, por los que llegaban.

Bajo tales diminutos aleros, venteras de los más disímiles artículos y productos, se afanaban en formar con ellos y con sus manos rojos-prietas, montones chiquitos, tan menguados como sus exiguas mercancías, para muy de madrugada y al día siguiente, un poco *sotto voce*, ofrecerlos al multitudinario *marchante* que, atisbará, regateará y, comprará o no comprará, lo que su puesticello ofrece y su instinto comercial de zapoteco, apetece.

Por probar, a pesar de haber previsto un resultado negativo, el investigador se atreve a preguntar a alguna de las mujeres, pioneras del tianguis, por los precios de algunos productos de chacarería. Dos o tres de ellas los dan, esperando inútilmente la contraoferta, pero una, notando que en ninguno de sus tendejones se adquiría o por lo menos se regateaba el precio de lo preguntado, pronto, por ese telégrafo sin hilos que es la tradición oral, comunicó a sus vecinas:

—No compra nada. ¡Sólo por preguntar!

Al escuchar a la espalda la observación, de inmediato se suspendió el experimento, ya que de otro modo era peligrosísimo seguir por tal camino, pues no tardaría mucho en correrse la voz de alarma entre todas

las vendedoras de que al marchante sólo le interesaba saber los precios; y entonces sí que estaba perdido.

—¡A lo mejor es un inspector de impuestos!

Regresado al hotel, se preparó el ataque para el día siguiente, en la seguridad de que la próxima técnica no podría fallar, ni despertar temores o sospechas entre las venteras.

La noche se fue haciendo lentamente en los cielos claro-azulados de Oaxaca. Un crepitar de motores autobuseros y de camiones de carga, se hizo más y más frecuente, acusando así el engrosamiento de la población flotante que iba pasando, de mil modos, sobre las calzadas adyacentes al mercado.

Allí, por doquier, envueltos en sus sarapes multicolores, semejando insignificantes conillos, coronados por sendos sombreros alones, velaban soñolientos los comerciantes, cuidando de sus haciendas, hasta que la aurora de un nuevo día les trajera la esperanza de un buen negocio, de beber un buen *mezcal* o de saludar a un buen amigo.

¡Sábado! Desde la madrugada la "plaza" hierve de venteros, que febrilmente dan los últimos toques a sus puestos, ya que dos horas después, desde las 7 A. M., el *tianguis* se hará insuficiente para contener el gentío. Sin embargo, dignos de hacer notar son dos aspectos: el relativo silencio de tanto comerciante, y que hizo exclamar, en una ocasión, a Malinowsky, que este mercado "no es ruidoso ni estridente. Los procedimientos son ordenados y la gente tranquila. Al contrario de lo que ocurre en otras zonas de la República..." En seguida, el orden con que los puestos eran alineados en todas las calles circundantes al mercado fijo. Estos se presentaban en hileras triples, comprometiendo ambos lados de las aceras y parte de las calzadas, pero dejando intermedio y a lo largo de las vías, cuatro espacios, para el libre tránsito de los compradores. Si alguna aglomeración o confusión produciase después, y el paso de los marchantes se obstaculizaba, ya no era culpa suya, sino de éstos mismos. No tardó mucho el reloj público de la ciudad en dar las ocho campanadas y que el sol caliente se abatiese sobre el lugar, dando más luz y color al mercado.

Los compradores, particularmente, amas de casa de los aldeaños, de tez blanca y vestidos de corte occidental, comenzaron a vaciarse con sus cestillas bajo el brazo, hacia la plaza. Allí, como en un tablero de ajedrez, fueron confundándose con las otras señoras de tez canela, *rebozos* y *huipiles* policromos y pies descalzos, que vinieron desde muchas leguas a la redonda: tehuanas de flexibles talles y polleras largas multicolores; menudas zapotecas de pies desnudos y oscuras faldas amplias, tocadas del infaltable rebozo gris-negro y que recordaban a las coloniales *tapadas*.

Las primeras vinieron —solas o con sus hombres— desde las tierras ardientes y cantarinas del Istmo, a más de 270 km., viajando en destartalados omnibuses durante siete horas, y todo, para traer hasta el *tianguis* oaxaqueño, dos docenas de cocos, cuatro o seis hamacas y algunos puñados de juegos de aretes, pulseras y anillos de plata dorada, provenientes de sus lares o del vecino Juchitán.

Las segundas acudieron desde los valles y serranías cercanas a Mixes, Mitla, Tlacolula, Ocotlán, Miahuatlán, Cuilapan y Zaachila. Trajeron consigo una docena de huevos, algunos kilos de maíz o un par de enflaquecidos *buajolotes*, que si no se vendían pronto, se morirán en la misma feria.

Varones indígenas, tocados de anchos sombreros blancos, vestidos de alba y raleada *manta*, con calzón a media pantorrilla, y calzados de gruesos *guaraches* de llantas de goma, vinieron también, solos o acompañando a sus mujeres, a la cita sabatina.

Todo este mundo, abigarrado y moviente, iba y venía, como en un oleaje. A veces los compradores deteníanse; se inclinaban o erguían; para seguir de nuevo la interminable marcha, salpicada de preguntas y respuestas:

—¿Qué querías, marchantito...?

—¿Cuánto vale ese *tenate*?

(Viendo que el comprador trae un niño) ¡Tres pesos cincuenta, papacito!

—¿Cuánto! ¡A la *chinga*! ¿Estás loca...?

—¡No seas bandida, pues!

—¡Está muy caro todo, papacito... el *ixtle*, el *carrizo*...! (compungida):

—¡Apenas con ello se come...!

—¡No, pues! ¡Ni *modo*...! (se va).

—(Gritándole): ¡Ven acá, papacito...! ¡Ofrece, pues! ¡Ofrece!

—¡No, no! ¡Ni *modo*...!

—(Gritándole) ¡Ofrece, pues...!

—(Comprador, volviendo): Te doy dos pesos.

—¡No pues, papacito! ¡Ofrece! ¡pero, con ganas!

—¡Sí, con ganas! ¡Te dije dos pesos!

—¡Con ganas! ¡Con más ganas, pues...! ¡Ofrece más! ¡No!

—¡Dame dos pesos cincuenta, entonces!

—¡Correcto! (pagando y llevándose la mercancía).

Un rumor monótono, como de millares de abejorros, llenaba el ámbito de la plaza. Nada de gritos estridentes que rompiesen el concierto *sotto voce* del gentío. Nada de altavoces electrónicos ametrallando los oídos de los aldeanos e indígenas. Nada de voces airadas ni palabras groseras, surgidas de un conato de reyerta callejera. Orden, simplemente, orden.

De pronto, por entre la multitud avanzaba un matrimonio con un niño y un pequeño perro pekinés. Ella vestía sencillamente. Sobre su falda se ajustaba un pequeño mandil y de un brazo pendía un *tenate* de nylon multicolor. Mientras de una mano suspendía el cordón del collarín del perrillo, de la otra llevaba a su pequeño hijo.

Detrás de ellos, un señor vestido a la usanza de los mexicanos del norte: sombrero alón de paño, chamarras y pantalón de pana gris y botas de becerro, cerraba la marcha.

No quedaba duda que ellos iban de compras, para surtir la cocina diaria.

¡Nadie diría lo contrario!

De tanto en tanto, a insinuación del señor, la dama detenía ante algún puesto, a inquirir por el precio de los productos. Agradecía y continuaba su camino. A veces adquiría algo o regateaba su valor. Así, muchas veces se repitió la misma escena, hasta que la familia dio una vuelta completa a la "plaza", y luego se fue a descansar en un banco del *Zócalo*; ¡la jornada parecía haber concluido!

En efecto, el etnógrafo —pues no era otro— y su familia, estaban satisfechos...

## Glosario

**Tianguis** Nombre indígena de la feria semanal. También se denomina "Plaza"

**Marchante** Nombre que se da al cliente en casi todo México.

**Mezal** Bebida espirituosa parecida al tequila. Es de color dorado y propio del Estado de Oaxaca.

**Rebozo** Mantón tejido de las indígenas llevan sobre sus hombros y que les sirve, además, para terciarlos sobre la espalda y cargar al bebé o cualquiera clase de objetos.

**Huipil** Especie de camisón que suple a la blusa y que la mayoría de las veces luce profusamente adornada con hermosos bordados.

**Guajolote** Nombre que se le da a nuestro pavo.

**Guaraches** Nombres dado a la ojota.

**Manta** Tejido de balleta.

**Tenate** Canasta hecho de hojas de palma.

¡A la *chinga*! Expresión muy grosera y que abunda en boca del pueblo.

**Ixtle** Materia prima de cordolería.

¡Ni *modo*! Expresión de negación. Igual a: ¡imposible!

**Pana** Nombre del "diablo fuerte" o *coteñé*.

**Zócalo** Nombre asignado a la Plaza de Armas.